

En el Pleno General que la Asociación Española de Americanistas celebró en Jerez de la Frontera el sábado diez de noviembre de 2001 se aprobó por unanimidad la propuesta presentada por la Junta Rectora de que el X Congreso de la Asociación tuviese por sede la ciudad de Sevilla. Había un escaso margen de tiempo —apenas ocho meses— hasta principios de julio de 2002, fecha propuesta para su convocatoria, aparte de que ya se preveía una notable asistencia tanto de nuestros propios socios como de otros estudiosos del ámbito americanista interesados en participar en un encuentro de esta importancia. Sin embargo, pese a éste y otros inconvenientes que fueron surgiendo, todos los problemas pudieron ser soslayados hasta conseguir reunir en la capital hispalense a cerca de 150 profesores y/o investigadores.

En la tarde del ocho de julio de 2002, en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla, tuvo lugar la solemne sesión de apertura del X Congreso Internacional de Historia de América de la AEA, que contó con una conferencia inaugural a cargo del Dr. D. Francisco Morales Padrón titulada *El vínculo epistolar con Indias*. En mi calidad de Presidente de la AEA, tuve el honor de dirigirme a los allí presentes con las palabras que a continuación transcribo:

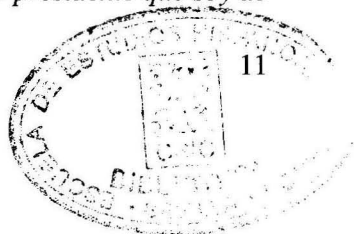
Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades académicas y civiles.

Queridos miembros de la AEA.

Amigos todos.

Creo que no soy nada exagerado al afirmar que pocas ocasiones tan satisfactorias como la de hoy se les presentan a las personas que, como yo, ostentan un cargo institucional y asisten a un acto como el que aquí nos ha reunido.

Existen diversas razones que hacen de esta fecha uno de esos momentos de gran emoción, tanto en lo que se refiere a la Asociación Española de Americanistas, como para mí en particular como presidente que soy de



ella. Trataré de explicar estas vívidas sensaciones, si bien de forma breve para no prolongar excesivamente mi intervención.

Comenzando por el aspecto personal, es este un instante especialmente entrañable pues soy natural de Sevilla. En efecto, nací en ese peculiar arrabal al otro lado del río Guadalquivir llamado Triana (“guarda y collación” de la ciudad) que en el siglo XVI gozaba de entidad propia y disponía de una población importante —a destacar los profesionales de la marinería que desempeñaran un papel descolante en las navegaciones y descubrimientos de aquella época— y de una actividad económica notable (industrias de alfarería, cerámica, jabón, pólvora, etc.).

Es esta Universidad que hoy nos acoge, por tanto, mi alma mater, pues fue aquí donde cursé mis estudios de Licenciatura en Filosofía y Letras, donde obtuve el título de Doctor en Historia de América y donde inicié mi carrera como profesor antes de emprender nuevos derroteros en otros campus universitarios. Incluso mi retorno a esta ciudad ha sido para desempeñar, durante los últimos doce años, un puesto de investigador en el Centro que el CSIC tiene en la capital: la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Por todos estos motivos mis palabras nada tienen de protocolarias ni de formales, sino que surgen preñadas de sentimiento, ya que no puedo por menos que sentirme orgulloso —como sevillano y como Presidente de la AEA— de asistir a la apertura de este X Congreso Internacional. Porque Sevilla, además, ha estado muy vinculada al nacimiento y primeros pasos de nuestra institución, como expondré enseguida, y porque este año de 2002 tiene unas connotaciones especiales para todos nosotros como miembros que somos de ella.

Efectivamente. Hace ahora veinte años —en mayo de 1982— que se constituía una Comisión Organizadora con objeto de crear una agrupación que aglutinara a todas aquellas personas interesadas en fomentar y difundir las actividades científicas y culturales americanistas. El 28 de diciembre de ese mismo año se formaba una primera Junta Rectora con “carácter provisional” cuyo mandato se extendería solo “hasta la celebración del primer pleno” —que tendría lugar en 1983 precisamente en Sevilla en el salón de la Biblioteca de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Los integrantes de la citada Junta, verdaderos fundadores de la AEA, fueron Dña. Concepción García-Gallo Peñuelas, D. Demetrio Ramos Pérez, D. José Muñoz Pérez, D. Juan Pérez de Tudela y Bueso, D. Manuel Lucena Salmoral y D. Luis Navarro García —este último catedrático de Historia de América en la Universidad de Sevilla.

PRESENTACIÓN

A todos ellos —algunos ya lamentablemente fallecidos—, creo que debemos transmitirles nuestro más sincero agradecimiento puesto que sin su esfuerzo, desinteresado y generoso, hoy no nos encontraríamos aquí. Su —esta vez sí— exitosa iniciativa fue el enésimo intento por crear una asociación que reuniera a todos “los estudiosos españoles de temas americanos”, según consta en los estatutos redactados al efecto. Porque, y pienso que no debemos ocultar estos hechos, diversas tentativas anteriores de organizar una corporación profesional de americanistas dieron como resultado otros tantos rotundos fracasos debidos a determinados personalismos que no vienen al caso detallar ahora.

En ese 28 de diciembre de hace veinte años se ponía la primera piedra de la AEA y justo es que por ello lo resaltemos hoy. Y si bien es cierto que, como todo comienzo, los inicios fueron duros, la semilla plantada hace dos décadas ha fructificado de forma asombrosa y extraordinaria. En la actualidad la Asociación reúne a más de 350 especialistas procedentes de muy distintos campos científicos (Historia de América, Historia del Arte, Historia Moderna, Historia Contemporánea, Antropología, Etnohistoria, Literatura, Derecho, Sociología, Geografía, Filología, etc.), sus asociados pertenecen a todas las universidades españolas y a algunas extranjeras, al CSIC, a centros de enseñanza media, a muy diversas instituciones docentes e investigadoras e incluso contamos con un significativo grupo de profesores hispanoamericanos que o bien realizan sus estudios de grado o postgrado en España, o bien desde sus respectivos países mantienen una estrecha relación y contacto frecuente con la que, de forma afectiva y tradicional, mucho de ellos llaman la “madre patria”.

Durante estos años de vida la AEA ha celebrado congresos y simposios por gran parte del territorio peninsular, hasta el punto de que se han publicado más de 20 volúmenes con las ponencias presentadas a estos encuentros. Así, hemos asistido a reuniones científicas en Badajoz (en dos ocasiones), Valladolid, Medina del Campo, País Vasco, Zaragoza y Las Palmas de Gran Canaria. En Andalucía nos han acogido en Córdoba, Sanlúcar de Barrameda, Granada y Jerez de la Frontera. Destaquemos que al igual que sucederá en este X Congreso, cuya organización depende de la Universidad de Sevilla pero donde tendremos también sesiones en Mairena del Aljarafe y Alcalá de Guadaíra, en las anteriores ocasiones reseñadas no sólo hubo presentación de ponencias en las capitales donde se ubicaban las respectivas universidades, sino en otras muchas localida-

des que ofrecían su infraestructura y medios económicos para que se organizaran en ellas algunas sesiones puntuales (por ejemplo, Jerez de los Caballeros, Zafra, Trujillo, Vitoria, San Sebastián, Bermeo, Sos del Rey Católico, Santa Fe, etc.). Con ello creo que se ha contribuido con claridad meridiana a esa difusión del americanismo que estaba en la base de la fundación de la AEA.

Por extraño que pudiera parecer —y a excepción del referido Pleno de 1983— jamás la AEA había conseguido convocar en Sevilla a sus asociados para debatir y exponer los trabajos nacidos de las investigaciones de cada uno de ellos. Es decir que la ciudad “más afectada por el alumbramiento y explotación de las tierras ultramarinas” y “el puerto y la puerta de las Indias”, en palabras de Lope de Vega; la metrópoli que fuera durante dos siglos “la bisagra de los dos componentes fundamentales de la monarquía hispana: la España peninsular y la España transoceánica”, en definición de D. Antonio Domínguez Ortiz —maestro de historiadores y uno de nuestros más destacados socios—, no podía presumir, como el resto de poblaciones anteriormente citadas, de haber contribuido también al desarrollo y expansión de los principios que alentaron el nacimiento de la AEA. Y ello pese a que su Universidad es la única hoy en día que ofrece en sus planes de estudio una especialidad con itinerario curricular en Historia de América.

Estas circunstancias descritas me impulsaron, tan pronto fui elegido presidente de la AEA en Badajoz (2000), a emprender las gestiones necesarias para que el X Congreso tuviese lugar en la capital hispalense, contando siempre y en todo momento con el respaldo de la Secretaria General de la AEA (M.^a Luisa Laviana Cuetos) y de la Tesorera (Cristina García Bernal). Para que nuestros planes se hiciesen realidad necesitábamos dos bases sólidas: el apoyo decisivo y sin resquicios de una autoridad local competente que respaldara la iniciativa y la formación de un Comité Organizador que asumiera el reto de coordinar en tan poco tiempo un evento de estas características. Para ambas cuestiones la suerte nos fue propicia. Respecto de la primera, el Vicerrector de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural D. Adolfo Luis González Rodríguez —gran amigo, compañero y colega— supo darse cuenta de inmediato de la importancia que atesoraba el proyecto que le proponíamos, tanto para la ciudad como la propia Universidad de Sevilla, y asumió la parte más importante y significativa de la “intendencia” de un congreso. Quiero ser rotundo en este punto: sin su ayuda hoy no estaríamos aquí.

PRESENTACIÓN

En el segundo caso, de nuevo otro buen amigo, el Dr. Julián B. Ruiz Rivera, catedrático de Historia de América, fue designado Presidente del Comité Organizador, encargado de la organización científica y el hombre llamado a resolver también otras cuestiones, llamémoslas así, “más mundanas”. Por la premura del tiempo disponible otra persona quizás no hubiese sido capaz de llevar a buen puerto estas encomiendas. Pero el Dr. Ruiz Rivera —a quien le cuadra a la perfección la descripción que en siglo XVI hacía Luis de Peraza de sus paisanos afincados en Sevilla: “nobles burgaleses convertidos ya en sevillanos por casamiento”— es un hombre de trabajo serio y riguroso que de forma totalmente generosa se volcó en su cometido. Junto a él, y dentro del citado Comité, han trabajado como secretarios los licenciados José Luis Caño Ortigosa y Jaime Lacueva Muñoz, además de un entusiasta grupo de vocales: Dra. Asmáa Bouhrass, Dr. José Manuel Serrano Álvarez, Dra. Ascensión Baeza Martín, Dra. Elisa M.^a Jiménez Jiménez, Lda. Reyes Albi Rodríguez, Dr. Luis Vicente Pelegrí Pedrosa, Dra. Ana Isabel Martínez Ortega y Ldo. Sigfrido Vázquez Cienfuegos. A todos ellos nuestra más profunda gratitud.

El resultado final ha sido un programa científico que comprende seis simposios centrales:

- 1.º Balance del americanismo español en las últimas dos décadas.*
- 2.º De Sevilla a las Indias: instituciones e intercambios.*
- 3.º El siglo XVIII en América: la nueva monarquía.*
- 4.º Iglesia, sociedad y globalización.*
- 5.º Organización social, representación política y Estado en América.*
- 6.º Política oficial y redes sociales en las relaciones España y América.*

En total 125 ponentes expondrán sus trabajos a lo largo de los cinco días que durará el Congreso. Si a ellos unimos las cuarenta personas inscritas hasta ahora en calidad de asistentes, nos encontramos con una participación digna de figurar entre los éxitos más destacados protagonizados por la AEA. Un hito que hay que atribuir tanto a las instituciones y personas ya mencionadas como a las que también han colaborado para que este X Congreso sea hoy una realidad: la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía, el Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, el Área de Cultura y Deportes de la Diputación Provincial, el Presidente de

la Caja de Ahorros San Fernando, el Ilmo. Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, el Director de los Reales Alcázares, el Director Gerente de la Fundación CruzCampo, el Director Regional del BBVA y la Fundación CajaSur.

A todos, muchísimas gracias.

He dicho.

Hasta aquí las palabras por mí pronunciadas hace ya tres años. Muchas causas han contribuido a la demora de la publicación, entre ellas el deseo de recoger el mayor número posible de ponencias presentadas al Congreso y que nos impulsó a ampliar en exceso el periodo de recepción de trabajos. Lo cierto es que, por un lado, hubo un retraso considerable en la remisión de los artículos y, por otro, muy pocos de estos estudios se atuvieron fielmente a las específicas y sencillas normas de edición establecidas por la organización, obligándonos a un esfuerzo adicional a la hora de tratar de unificar el aparato crítico de todos los textos, lo que no redundó en beneficio alguno en cuanto al rápido envío a la imprenta de las Actas.

Para no perjudicar a quienes cumplieron los plazos señalados, quizás deberíamos haber sido más estrictos en esta cuestión, al igual que con la obligatoriedad de ceñirse a las pautas editoriales indicadas, aunque el resultado final entonces hubiera distado mucho —y probablemente no para bien— del que ahora mismo presentamos, más completo y ajustado a lo que fue la reunión científica. Pese a tantas facilidades ofrecidas —y como por otra parte suele ser habitual en todo Congreso—, de las 125 ponencias recogidas en el programa oficial la presente edición ofrece 90 de ellas, algunas con título —y temática— muy diferente al originalmente registrado en su día. Disculpas de toda índole, que no vienen al caso relatar, nos fueron ofrecidas en su momento por los propios autores para justificar la ausencia de los estudios e investigaciones expuestas en Sevilla cuando les fueron requeridas.

Todos estos motivos nos han obligado a modificar la estructura organizativa del libro con respecto a la del Congreso. Así, los seis simposios primigenios han quedado reducidos a cinco por fusión del quinto y sexto, mientras que el primero de ellos (“Balance del americanismo español en las últimas dos décadas”) ha sido rebautizado con el nuevo título de “Fuentes, Historiografía y Metodología”, más acorde con el contenido de las ponencias recibidas. En principio se pensó en realizar una edición tradicional, es

PRESENTACIÓN

decir en papel, pero las valoraciones iniciales ofrecían datos muy preocupantes: cerca de dos mil páginas de texto, necesidad de distribuir la obra en dos o tres volúmenes al objeto de facilitar su consulta, problemas para su posterior distribución y reparto, etc., etc., y en el conjunto final destacaba la realidad de un desembolso económico que sobrepasaba nuestras auténticas posibilidades. Estas son las causas que nos llevaron a decantarnos por la edición en CD-ROM, no exenta de inconvenientes pero también más ajustada en los costes y en total consonancia con la actual era de nuevas tecnologías emergentes.

Creo sinceramente que las vicisitudes detalladas deben servirnos como experiencia para sucesivas ocasiones con objeto de no cometer los mismos errores. Mientras tanto, acojámonos a la sentencia clásica de que “bien está lo que bien acaba”, no obstante el largo tiempo transcurrido desde 2002. Y en especial alegrémonos de la aparición de un nuevo libro de la Asociación Española de Americanistas que viene a demostrar el dinamismo de nuestra institución y su compromiso de contribuir por este medio a la difusión del americanismo hispano.

Sevilla, 14 de julio de 2005

Antonio Gutiérrez Escudero

Presidente de la AEA